



SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE

Editorial

Han fallecido dos destacados representantes de nuestras letras. Nacidos durante el año 1952, los nombres de Pedro Lemebel y Guadalupe Santa Cruz compartieron mucho más que la data y el amor por la plástica y la palabra: sus voces abrazaron la narrativa y el ensayo con oficio, instalando el ejercicio de la pluma en los fértiles campos de lo cotidiano.

Ambos dedicaron su trabajo a defender la libertad en medio de la más dura represión de la dictadura, que marginó al primero en su propio país y costó a la segunda el exilio en Bélgica. Galardonados una y otra vez por sus obras, éstas exploraron sistemáticamente los temas de género y abordaron desde una perspectiva crítica el modo en que la urbe daba cuenta del giro operado en sus habitantes. Por el aporte de sus miradas, *Alerce* ofrece un sentido reconocimiento a los dos, incluyendo en estas páginas sendos pasajes de esas firmas que acaban de partir.

Cita con Nuestras Voces

UN EXTRAÑO EN EL PARAÍSO

La arquitectura moderna arrasa sin piedad con la memoria de los pobres. Con su monstruosa maquinaria demolidora, hace polvo el perfil evocado de la cuadra, la casa con corredor y su mampara, la pieza de alquiler y su colectiva promiscuidad, donde a pesar de la estrechez, madres solteras, hijastros, padrastros, tías, madrinas, abuelas y sobrinos allegados, amancebaron la leva conviviente bajo la luz cagada por moscas de una parda ampollita.

Ahí, a pesar de la difícil convivencia, los vecinos celebraban sus ritos festivos del casorio, el santo, el cumpleaños o el bautizo, para después agarrarse de las mechas, gritándose la vida en el embriagado amanecer.

Tal vez, este travestismo urbanero que desecha la ciudad ajada como desperdicio, pretende pavimentar la memoria con plástico y acrílico para sumirnos en una ciudad sin pasado, eternamente joven y siempre al instante. Una ciudad donde sus peatones se sienten caminando en Marte, perdidos en el laberinto de espejos y metales que levanta triunfal el encatado económico. Aunque a veces, en la orfandad de esos paseos por Santiago actual, nos cruza fugaz un olor, un aire cercano, un confitado dulzor.

Y nos quedamos allí, quietos, sin respirar, como drogados de no dejar escapar ese momento, reteniendo a la fuerza la sensación de un espacio conocido. Tal vez, los restos de un muro, el marco de una puerta tambaleándose a punto de caer.

Quizás, el sabor de un aire que tenía una cuadra donde quisimos quedarnos para siempre, agarrados al árbol en que escuchamos por primera vez un te quiero. Donde, otra vez, nos quedamos esperando a ese compañero que nunca llegó a la cita, o al contacto para sacarlo del país, esos años de gasa negra. Nos quedamos por un momento en silencio, atrapados en la fragilidad cristalizada del instante. Como sumergidos bajo una campana de vidrio, raptados por otra ciudad. Una ciudad lejana, perdida para siempre, cuando al pasar ese minuto, el estruendo del tráfico la desbarata, como un castillo de naipes, al cambiar el semáforo.

Pedro Lemebel (1952-2015)

Alerce

en Simpson 7



Jean Emar en la Memoria de Mónica Echeverría

¿Cuál es su primer recuerdo de Jean Emar?

Para los niños en general, para mi hermano Alfonso Echeverría y para todos mis primos, él era el ser más original, más entretenido y más raro. ¿Por qué? Porque, por ejemplo, nos llamaba, le gustaban los niños, le interesaban los niños. Nos decía: ¡Vengan, les tengo una sorpresa! Él coleccionaba insectos, animales raros, entonces tenía metido en una especie de corralito una araña peluda, un ratón de esos grandotes y una abeja. Todos esos animales un poquito peligrosos y raros. Y repetía: "¡Vengan, vengan!". Entonces todos los niños, nos quedábamos mirando estos extraños insectos y animales, a los que él hacía pelear. Lo que le interesaba era ver cuál podría ser el más fuerte. Para los niños era lo más interesante y lo más hermoso que hay.

Era plena época de las tertulias.

Mi mamá lo trataba de invitar, porque mi mamá era escritora también, pero era escritora más de la época, invitaba a sus tertulias a la Gabriela Mistral y a la gente de esa época. Esos eran los invitados. A mi tío Pilo lo invitaba ella porque sentía que había algo diferente y original en él. Le pedía que participara, pero él no lo hacía en absoluto. Apenas saludaba a todo el mundo y después, decía mi mamá, llegaba a molestar a la tertulia. Estaban todos sentados tratando de hacer un diálogo y él se paseaba alrededor de ellos observándolos, como burlándose o, a lo mejor, asimilando el mundo de las tertulias. Mi mamá dejaba de invitarlo, porque era insoportable.

Era literalmente un bicho raro.

Bicho raro. Mi padre administraba esta hacienda Lo Herrera y nosotros permanecíamos todo el año ahí con él y todo el resto de la familia se iba. Y se le dejaba a mi tío Pilo, ya más grande, el mes de febrero a él, para que él invitara a quien quisiera. Llegaban ahí los más importantes escritores; entre otros, Vicente Huidobro, que era...

... Central.

Central, sí. Toda una maravilla Vicente Huidobro con Ximena. Llegaba Eduardo Anguita, que era como su discípulo. En realidad, era muy malulo

Una publicación periódica de la
Sociedad de Escritores
de Chile (SECH).

Nueva Época, Año 2, N° 8,
Febrero de 2015

Huidobro y bastante avaro, entre otras cosas. Él sabía que tenía una corte de gente que lo admiraba, lo seguía y lo hacía hablar y él se sentaba muy solemne al final de la mesa y mi tío Pilo dirigía un poco todas estas charlas, que eran muy entretenidas. Mi hermano mayor y yo sentaditos en la punta pero escuchando y participando de este mundo extraño que eran estos escritores un mes entero.

La tertulia permitía estrechar esos lazos.

Nosotros teníamos 12, 14 y 18 años mi hermano. Era la maravilla pertenecer a eso. Y luego una fiesta final. Entonces, ahí todos nos disfrazábamos. Me acuerdo de dos disfraces de mi tío Jean Emar. Uno era "El Hombre al Revés" y el otro era "La Vieja de Mierda", con una cantora en la cabeza.

No deja de ser paradójico que Jean Emar conviviera con estos personajes del arte local cuando él empieza a desarrollar toda una teoría que trata de echar por tierra literalmente el criollismo, toda esa tradición.

Bueno, todavía no entraba a la universidad. Los criollistas, cuando yo entré a la universidad, eran los genios, eran los grandes escritores. Mariano Latorre fue mi profesor. Imagínate la diferencia. Eduardo Barrios se salía un poco de ese mundo, porque de repente escribía de otra manera, pero, en general, era apegado al criollismo. El único gran crítico de esa época fue Hernán Díaz Arrieta (Alone). Él decidía quiénes valían y quiénes no valían; quiénes eran los grandes y quiénes eran los mediocres. Y es interesante, porque no le hizo una crítica en contra a Jean Emar. Yo creo que él se quedó tan estupefacto con este extraño escritor, a quien no logró entender, que prefirió hacer como que no valía nada. Pero para los escritores de esa época no tener crítica de uno de los más importantes críticos, era gravísimo.

Era como no existir.

Exacto; para Díaz Arrieta no existió Jean Emar. Para nosotros Huidobro era el genio y, Neruda, pegadito en genio, pero diferente. Para ese grupo era más Huidobro que Neruda. Bueno, yo creo hoy día que Neruda es más que Huidobro, pero...

... Pero Huidobro estaba de moda; era inevitable.

Eso era inevitable. Cuando invitaba a Neruda, cuando invitaba a Huidobro, eran monólogos. Ellos eran los grandes maestros de las cosas maravillosas y extraordinarias. Y, además, Jean Emar era un personaje que sabía escuchar; miraba, escuchaba y sonreía. El humor siempre para él era importante, pero no era una persona que estuviera dando cátedra jamás. No se le podría haber pasado por la mente.

No era el centro de la mesa.

Para nada, fuera de esas veces en que se disfrazaba. El disfraz de él, eso sí, era el más original de todos.

Él vuelve a Chile tras un periplo importante. Se ha constituido el Grupo Montparnasse y Camilo Mori está en el horizonte. ¿Cómo mira toda esa nebulosa?

Es un aporte que nunca han valorado de Jean Emar. La sección Notas de Arte, que él dirigió en La Nación, abrió para los artistas otro mundo y otra mirada. El Bellas Artes siguió tan antiguo como siempre, pero para los jóvenes Notas de Arte fue una maravilla. A pintores y músicos abrió ventanas.

¿Cuáles son los últimos recuerdos que tiene de él?

Yo lo vi unas semanas antes de que él muriera. Él ya estaba muy mal, ya tenía cáncer, fue poniéndose más ancho. Era impresionante. No pasaba inadvertido.

Usted considera que después de Jean Emar se hace crítica literaria en Chile?

No. Creo que, en general, no hay grandes críticos.

(Extracto de la entrevista concedida por Mónica Echeverría al programa radial Barco de Papel).

Al Pie de la Letra

LA HUELLA DE BALDOMERO LILLO

Hoy sabemos que no hay obra de arte que no sea política, que todo es político en última instancia, pero pese a todo también está vigente la disociación entre arte y política; y creo que Baldomero Lillo experimenta ese juicio de ver una disociación, es decir, que está haciendo un trabajo político, que estaría haciendo como un proselitismo, literatura comprometida.

Yo siento que ese primer libro de Baldomero Lillo es literatura comprometida, algo que el día de hoy se echa tanto de menos, ante la banalidad de los escritores chilenos, y los poetas también. Creo que hay un fuerte compromiso con la realidad social chilena, y con lo que él mismo vio, de lo que él mismo fue testigo y fue parte. Baldomero Lillo es el primer escritor chileno que nos visibiliza al otro, y el otro es el obrero, el trabajador de la mina, el trabajador del campo, el campesino explotado, el niño explotado, el niño violentado, ya sea por el yankee, ya sea por el latifundista chileno. Es el primero, y ésa es la importancia radical de *Sub Terra*. Por otro lado, Baldomero Lillo ha sido blanqueado, se les da a los niños de tercero y cuarto básico.

La escritura de *Sub Solé* está mucho más cercana a la palabra dicha, recogida, al trabajo de campo, me lo dijeron, me lo contaron, lo reformulé, pero también siempre desde otro circuito, el circuito de la palabra viva, que se escucha, que se canta, que se narra, en oposición al primer texto que tiene una intención literaria, claramente de inserción en un campo cultural.

No hay que olvidar que Baldomero Lillo viene de una región, viene a Santiago, no tiene un lugar, y el tipo sabe con qué se va a encontrar, con todas las trabas, con todos los cierres, y publica un libro para insertarse también, pero que da cuenta de lo que Baldomero Lillo es literariamente, porque siento que de todo lo que él escribió, es *Sub Terra* el libro donde uno puede ver toda la potencia de su pensamiento, de su pensamiento sobre la literatura y sobre la política, hay una conjunción, es uno de nuestros grandes cuentistas, y uno de nuestros grandes cuentistas comprometidos, porque a los escritores chilenos se les ha olvidado hace rato que podrían dejar de pensar un ratito en las becas, en el FONDAPI, en la Feria de Frankfurt o en la Feria de Buenos Aires, y preocuparse un poquitito de leer autores como Baldomero Lillo, porque para el universo hipster, ridículamente hipster de hoy en día, alienado, existe mucho más interés en estar día en el último libro de Anagrama, y todo lo que sea chileno o propio está pasado de moda, ya no lo leyeron.

Patricia Espinosa



Poética

PLENO POÉTICO: INFORME DE CLAUSURA

Capaz que pasen cosas extraordinarias
se desprenda el agua de la nube
se acaballe la copa de este árbol que muere
respirando los silbidos
Encontraremos tal vez la marca de la bota
borrada por una risotada de mar
y nautilucas voladoras sorprendan la mirada
en la galaxia que bordea el horizonte
Parados en la esquina de la micro asaltaremos
la calzada
a pinceladas de piernas retornaremos el color
a las veredas
Capaz que hagamos una ronda de ideas
enarboladas
y utopías se encaramen
a los volantines de septiembre
Seremos los de siempre
sumados a los nunca
Capaz que mañana la Alameda sea la pradera
de los búfalos
y en cueros la amansemos con palmas
y señales
Tal vez los estudiantes
despojados de uniformes
ya estén listos
y campanas irrumpan en los cielos
batiendo sus lenguas sin temor
Están pasando cosas extraordinarias
se bate en retirada el equilibrio
la vida se desata
Tal vez mañana
la lluvia acaricie este desierto
y flores instantáneas
precipiten nuestras plantas.

Heddy Navarro (Puerto Montt, 1944). De su libro *Poemas Insurrectos*, de 1988.

Director: David Hevia
La invitación está extendida a todos quienes quieran participar como corresponsales de Alerce en Simpson 7, planteando ideas, comunicando noticias y enviando textos al correo electrónico alerce@sech.cl
Página web: www.sech.cl
Encuétranos en Facebook y Twitter

Ensayo

LA CIUDAD ARCHIPIÉLAGO

Se han sucedido los intentos de hacer de Santiago uno, por creación de fronteras, físicas y simbólicas, que la segregan socialmente, impidiendo el roce, el choque de las diferencias. Esta voluntad ha actuado sobre los territorios urbanos, pero lo ha hecho también, en forma paralela, sobre los campos de la lengua. Podríamos, por ejemplo, leer como dos vertientes de una misma tenaza higienista y “unificadora” el proyecto histórico del cordón sanitario con que Benjamín Vicuña Mackenna recortara a Santiago y el proyecto uniformizador de la lengua ciudadana pensado por La Gramática de Andrés Bello.

Las operaciones sobre lengua y ciudad serán extremadas bajo la dictadura militar, diversificando las estrategias de dispersión de los elementos considerados contaminantes. A las políticas policiales de la censura abierta, al totalitarismo de la versión única de los hechos, habría que sumar, leyéndolas como arremetidas contra la posibilidad misma de lenguaje, las innumerables intervenciones urbanas: poblaciones populares erradicadas en su totalidad de un sitio a otro, o de un sitio a ningún sitio —como los habitantes de la paradigmática Población San Luis—; zanjamiento y división de poblaciones unidas por una historia común (muchas veces, la toma de aquellos mismos terrenos y su posterior organización) por el nuevo recorte administrativo de la política municipal; allanamientos masivos cuya espectacularidad los tornaba en acción ejemplificadora —como aquel, histórico por su centralidad en la ciudad de Santiago, de las Torres San Borja, o como todos aquellos campamentos o poblaciones de alta movilización política que fueron reprimidos y saqueados hasta en su nombre (Nueva La Habana tornándose Nuevo Amanecer)—, repetidas operaciones rastrillo en los sectores populares —sobre todo luego de las Protestas—, y permanente ronda de la ciudad; asignación a domicilio y a inmovilidad provocado por el prolongado Toque de Queda, desterritorialización de las deportaciones a regiones distantes de la propia, de las penas de extrañamiento hacia otros países; captura física en centros de reclusión; inmersión en las zonas blancas del mapa que constituían las casas de tortura clandestinas; tachadura en el mapa que significaban las desapariciones.

Dislocación, entonces, del suelo. Incisión del olvido, desde entonces, en la carne de la ciudad. Las palabras, entendidas como secreción de los cuerpos, fueron erradicadas, zanjadas, allanadas, saqueadas, domiciliadas y extrañadas, capturadas, blanqueadas, tachadas. En el plano de lo visible, uno de los efectos sobre el relato de la memoria en la ciudad de Santiago fue la desaparición, en el lenguaje común, de los nombres históricos de las poblaciones (y, tal vez, junto con aquellos apelativos, la desaparición de la noción misma de pobladores), y su reemplazo por disimuladas coordenadas geográficas: vecinos del Paradero X, de tal Avenida (del mismo modo que las cifras, a modo de nomenclatura geopolítica, han reemplazado los nombres de las regiones del país).

Guadalupe Santa Cruz (1952-2015)

